

tómago. Me ha preguntado para quién son. Cuando se lo he dicho me ha besado y se ha alejado, con los ojos húmedos. Creo que tiene miedo de lo que vendrá, pero también está más feliz.

## *Lugares para esconderse*

Juan Gabriel Vásquez

**Juan Gabriel Vásquez.** Bogotá, 1973. Ha publicado las novelas *Persona* (1997) y *Alina suplicante* (1999) y el libro de relatos largos *Los amantes de Todos los Santos* (2001). Cuentos suyos han sido incluidos en antologías y volúmenes colectivos de España, Francia, Alemania y Colombia. Actualmente vive en Barcelona, donde trabaja para la revista *Lateral*.



No salí mucho de Bélgica durante esa temporada. Pasaba el tiempo observando a la gente de las Ardenas y compartiendo sus actividades, y luego aprendiendo a escribir lo que había visto de tal manera que se desperdiciara lo menos posible. En febrero, una revista colombiana me encargó un artículo sobre cierta librería de París. Los trenes directos desde Lieja eran franceses; habían entrado en huelga dos semanas atrás, y no había soluciones a la vista. Así que tuve que tomar un viejo tren de color naranja en la estación de Aywaille —una perilla cada dos vagones permitía que los pasajeros controlaran la calefacción—, otro verde en la de Lieja, y pasar la noche en Bruselas, en casa de una pareja de amigos, para tomar el primer directo de la mañana siguiente hacia París. Llegué a la librería, me quedé varios días como ayudante ocasional y escribí el artículo. Pero nunca me liberé de lo ocurrido durante la noche que pasé en Bruselas.

Philippe fue a buscarme a la estación central, la más inhóspita de las tres que reciben trenes de Lieja. Llevaba una boina de paño escocés y gafas de marco grueso, y se las quitó para abrazarme y a ambos lados de su nariz quedaron las marcas coloradas del peso de la montura. Philippe y Claire se habían casado el verano anterior; él era en ese momento (el momento de mi visita inoportuna) un actor de teatro desempleado; según me había dicho Claire por teléfono, pasaba por una época de desencanto: un buen contrato para una película francesa acaba de ser cancelado por falta de dinero; su primera mujer acababa de amenazarlo con un proceso legal si él no le cedía la mitad de su casa de Zaventem, donde vivieron antes de separarse. No le hablé

de eso, porque nuestra relación no lo admitía, pero en su cara —en ciertas ausencias cuando yo le hacía una pregunta cordial, en la mueca con que esperaba el cambio de semáforo— se leía su preocupación. Estacionamos justo en frente del 287 de la rue du Noyer; al bajar olió a pan recién horneado, y este hecho curioso (eran las cuatro de la tarde) nos dio de qué hablar durante los incómodos minutos siguientes. Fueron incómodos porque Claire no estaba: pasaría la tarde en su estudio y me había pedido que me reuniera con ella después de las siete, para enseñarme sus últimos trabajos y comer con sus compañeras de atelier. Fueron incómodos, además, por el incidente de las flores, que en otro lugar, en otras circunstancias o auspiciado por un pasado distinto, me habría parecido apenas curioso o banal. Sobre la mesa de madera tosca que hacía las veces de comedor y de tabla de planchar había un arreglo de rododendros del cual salía un girasol solitario. Había también una tarjeta mecanografiada: era del color de la carne cruda, y en los bordes había marcas azules de acuarela. *Mejores deseos*, se leía sobre el repujado del cartón.

—Es mi suegro —dijo Philippe.

Dijo *beau-père* pronunciando con fuerza las consonantes, y sonrió con un sarcasmo del que no lo hubiera creído capaz. Luego, no volvió a hablar. La casa era alta y angosta (tenía cuatro pisos, pero cada piso apenas superaba los cuatro metros de ancho); Philippe se excusó y empezó a subir las escaleras quejosas, una tras otra, como si necesitara toda su paciencia para llegar a la habitación matrimonial del tercer piso, encima del estudio donde estaba el único teléfono de la casa, debajo del cuarto de huéspedes donde yo pasaría la noche.

La tarde anterior, el suegro de Philippe, el padre de Claire, el dueño de la casa de las Ardenas en la cual yo vivía temporalmente, había ido a buscarme para aprovechar esa extraña circunstancia: un día de finales de invierno en el que hace sol.

—El lago nos espera —dijo—. Apúrese, queda poca luz.

Monsieur Gibert no esperó mi respuesta. Se dio vuelta y la manga de su chaqueta se enredó en la perilla de la puerta. Un par de minutos después, oí el motor del campero que me esperaba.

El lago era un estanque artificial que monsieur Gibert había construido para irrigación de un cultivo de coles, pero el cultivo fracasó antes de empezar, y ahora la única utilidad del lago era servir de distracción ocasional a un jubilado terco que *sembraba* sus propias truchas para después pescarlas. Monsieur Gibert cargaba una caña Sander en su mano enguantada y yo lo seguía, los ojos fijos en el agua verde, en la orilla pantanosa, en las cabezas de las ranas que brillaban como monedas flotantes y escapaban con un pequeño escándalo al vernos llegar. Me senté en un tronco de eucalipto. Monsieur Gibert se puso sus lentes bifocales y movió sus dedos hábiles sobre el extremo del sedal y sobre las tres puntas agudas del anzuelo, plateadas y duras y brillantes en el sol largo de la tarde. Su mano izquierda se cerró sobre el mango de corcho y el dedo índice sostuvo el sedal contra la caña. Llevó los brazos hacia un lado, y el impulso de la caña cortó el aire y el carrete sonó al girar igual que un niño que suspira, y a diez metros de la orilla el anzuelo rompió la superficie, con delicadeza, como si temiera despertar a una rana dormida.

—Quiero que abra los ojos —me dijo.

—Están abiertos, monsieur.

—En casa de ellos —dijo él—. Quiero que se fije en todo y que luego me cuente. Cómo viven. Si ella está bien, si él la trata como se merece.

Todo esto me lo dijo mientras su mano derecha daba vueltas al carrete, recogiendo. No nos mirábamos: ambos teníamos los ojos fijos en el plomo y el anzuelo que navegaban hacia nosotros como una bala en cámara lenta, provocando una estela frágil sobre la superficie y emergiendo al llegar a la orilla. Monsieur Gibert no conocía la casa de su hija. Una vez lo habían invitado, y él había aducido alguna excusa poco imaginativa y más bien sosa. Yo lo sabía porque Claire me lo contó, imitando

la voz nasal de su padre, sus ademanes falsamente solemnes. Gibert nunca me había causado esas impresiones; las quejas de Claire me incomodaban, porque temía contagiarme de sus resentimientos. Para Claire, todo lo que ocurría en su vida era un resultado de lo que su padre había estropeado, malvivido, dilapidado (emociones, no dinero).

Gibert limpió el anzuelo de plantas enredadas. La maleza se adhería a los vellos de su mano. Gibert volvió a lanzar.

—Le voy a decir algo triste —dijo—. Philippe no es bueno para mi hija. Él es bueno, quiero decir. Pero tiene problemas.

—Pero no son definitivos, monsieur. Ya encontrará trabajo.

—¿Trabajo?

—Tiene una oferta de Montpellier —mentí—. Para el verano. Pagarán bien, es teatro de calle.

—Su padre es un borracho —dijo él—. El marido de su hermana le pega todo el tiempo.

Recogió el anzuelo. Quitó dos o tres ramitas verdes, parecidas a espárragos. Lanzó de nuevo.

—A ella, quiero decir, no a él. El marido de su hermana le pega a su hermana.

—Sí, monsieur. Ya había entendido.

—Y él, con su primera mujer, todo eso... En fin, mucho desorden. Eso es. Mucho desorden.

Entonces, al recoger el anzuelo, el sedal se templó como un tubo de vidrio. "Ah", dijo Gibert. Su mano dio vueltas sobre el carrete, y a dos pasos de nosotros apareció una trucha parda sacudiéndose en el agua. Gibert levantó el sedal, la trucha cambió de color en el aire y cayó sobre el césped de la orilla y los lunares rosa de su flanco parecieron más intensos.

—Tenga, tenga —Gibert me pasó la caña sin mirarme—. Ésta la devolvemos, es muy pequeña.

Comenzó a tratar de liberarla del anzuelo, pero las puntas habían atravesado la mejilla y habían perforado la lengua marrón. La sangre ensuciaba el anzuelo plateado y los dedos pá-

lidos de Gibert. La trucha se sacudía, caía a tierra, Gibert la volvió a apretar entre sus manos para intentar liberarla, y le decía quédate quieta, *comasse*, estoy tratando de ayudarte. La lengua sangraba, el anzuelo estaba clavado en ella como un ancla, y yo imaginaba la intensidad del dolor y la maravilla de unas facciones —unos ojos, una boca— en las que el dolor es invisible. No suelo pescar, y tal vez por eso me encontré imaginando que un cuchillo atravesaba mi lengua, y hubiera jurado que sentí un corrientazo de dolor en la mandíbula. Estúpida, decía Gibert. La uña de su dedo pulgar se tiñó de rojo aguado.

—*Trop tard* —dijo Gibert—. Demasiado tarde, sucia bestia.

Se acercó a los troncos de eucalipto, el pez todavía doblándose en su puño cerrado, dando boqueadas como un enfermo de asma. Entonces, Gibert levantó su brazo y con fuerza lo descargó sobre el filo del tronco, y el cráneo de la trucha sonó hueco al golpear la corteza. Gibert golpeó tres veces, muy seguidas, y fue claro en el aire el retumbo sin eco de los huesos quebrados. La corteza del tronco se untó de escamas y de sangre. La trucha, un ojo reventado y cubierto de astillas, dejó de sacudirse.

Pasé la tarde en la librería Waterstone que hay cerca de la Bourse, cruzando la calle desde un local de *peep-shows*. Encontré un par de libros acerca de la librería parisina que iba a visitar. Hablaban de George Whitman, el dueño, y uno de ellos se equivocaba al decir que era ésta la librería que había publicado el *Ulyses* en 1922. El otro, más útil, contaba que Whitman (que no está emparentado con el poeta, decía y subrayaba) había llegado de California y fundado tres librerías antes de promover la que yo visitaría. Era un libro pequeño, casi un folleto; pensé que lo leería en la hora y cuarto que dura el viaje en tren de Bruselas a París. Luego miré el reloj, salí de prisa y caminé tan rápido como me lo permitía el aire frío y cortante de febrero.

El estudio de Claire quedaba en la rue Braemt, una calle de inmigrantes en la cual los restaurantes turcos y las tien-

das de ropa de segunda mano se sucedían cada dos o tres edificios. Estaba ya oscuro, y sólo el resplandor esmerilado del neón de las tiendas iluminaba la calle silenciosa. Al doblar la esquina, vi una silueta frente al taller. Tuve que acercarme, llegar casi frente a ella, para reconocer a una Claire impaciente, que me esperaba. O tal vez, pensé, no me esperaba a mí.

Llevaba el pelo pegado a las sienes, como si acabara de sudar. Me enteré de que había recibido una llamada de Philippe, y tras colgar con él se había llenado las manos de agua en el lavadero del taller y se había lavado la cara, como para des-  
pertarse.

—Es su sobrino —dijo—. Tuvo un accidente.

Philippe sólo tenía un sobrino: el hijo de su hermana era un niño de ocho años y ojos verdes que no se parecía a ella sino a su padre. La única vez que lo vi me confesó que odiaba la lengua flamenca y que nunca iba a aprenderla.

—¿Qué pasó? —dije—. ¿Es grave?

—No sabemos nada. Sube, espérame arriba. Él viene ahora, no creo que le guste que lo veas así.

Un muchachito de pantalones sueltos pasó sobre una patineta. Claire ni siquiera lo advirtió.

—A él no le podía pasar esto —decía—. No a él, no ahora.

—¿Pero Philippe viene para acá?

—Sí. No quiere que lo veas mal. Sube, sube, yo llego en un rato. Pobrecito, está descompuesto.

La puerta del taller estaba abierta, como ocurre cuando el único ocupante sale de prisa. Me pareció que olía a huevo podrido, pero también podía ser un fijador de óleo que yo no conociera. Pensé en el olor y en la palabra que había utilizado Claire, *descompuesto*, esa palabra que apenas le convenía a un hombre vivo. Cuatro tubos de neón colgaban del techo alto. Sobre una estufilla eléctrica todavía humeaba la comida que Claire estaba preparando: pimientos rellenos de carne molida. Destapé la olla y el aroma de las especias se mezcló con el olor químico del fijador y de las pinturas. Mientras esperaba a

Claire, pensé, podría darle una mirada a sus cuadros. Luego pensé que a ella le gustaría servirme de guía cuando los viera por primera vez, y que verlos sin ella era como una pequeña traición; entonces me recosté sobre el catre de cobijas de lana y tomé un libro de Giacometti. No podía concentrarme (una parte de mi atención intentaba escuchar algo que viniera de la calzada o del primer piso, un hombre que llora, una mujer consolando), pero encontré entre las páginas del libro un catálogo viejo: en él, le preguntaban a Giacometti por qué eran tan grandes los pies de sus figuras, y él decía: *Siempre he tenido la impresión o el sentimiento de la fragilidad de los seres vivos, como si a cada instante les fuera precisa una energía formidable para tenerse en pie. Las palabras me parecieron oportunistas y enfáticas, una pose de artista. Estaba en estas fantasías ridículas cuando llegó Claire.*  
—No saben nada. Y él está muy confundido. El niño estaba de paseo con dos amigos y el padre de uno de los amigos. A nadie le pasó nada. Sólo a él.

—Pero cómo fue —dije.

—Venían por la autopista. O no, tal vez eso cree Philippe. Pero tal vez venían por una carretera de montaña. ¿Por qué a él?

—A quién —dije.

Levantó la cara y el neón fue como polvos sobre su nariz. “Cómo que a quién”, susurró, y me di cuenta de que un malentendido grave estaba a punto de provocarse. Quise decirle que había un niño herido: decir *por qué a él* puede referirse a Philippe pero también al niño. Entonces comprendí que no podía pronunciar esas palabras.

—Nada —dije—. Olvídalo.

—Pobre Philippe, pobre su familia. Tienen tan mala suerte, te juro, es como una maldición.

Entonces sonó el intercomunicador. Claire levantó la bocina, saludó a alguien con cortesía repentina. “Suban, suban”, dijo, y oprimió un botón donde había una llave dibujada.

—Llegaron. Mierda, ya no sé si quiero verlas.

—Diles lo que pasó.

—Ya es tarde, vinieron hasta aquí. Viven muy lejos, les pedí que viniéran y han venido...

—Como sea. ¿Puedo preguntarte algo?

Claire abrió la puerta. Desde abajo llegaron las voces de las amigas que comenzaban a subir.

—¿Por qué no lo acompañaste?

—Porque él no quiso que lo acompañara. Porque siempre ha querido protegerme.

Y luego añadió: "Por lo menos, eso es lo que me dice." Las voces en las escaleras seguían acercándose. Le pregunté qué significaba aquello, si es que no creía en las razones de Philippe. Fue como si ella escupiera una canica atragantada.

—Es posible que no lo haga para protegerme —dijo—. En su familia han pasado cosas terribles, si tú supieras, es como si nada les saliera bien. Pero tal vez, sólo tal vez, lo haga para cuidarse a sí mismo. Para llegar a nuestra casa en la noche, después de haber visto a su hermana o a su padre o a quien sea, y sentir que ha entrado en otro mundo, que está a salvo. No sé, maldición es una palabra fuerte, me siento horrible pronunciándola. Pero hay algo de lo que a él le gustaría esconderse. Si me lleva a estas cosas, si deja que lo acompañe y me empape de ese dolor, ¿qué escondite le queda?

A eso de las diez volvimos, caminando, a casa de Claire. El viento había caído y el alumbrado público hacía sombras con las ramas desnudas. Bordeamos el parque y el campo de baloncesto. Me fijé en que los aros no tenían redes, y luego encontré las redes amontonadas sobre las graderías de cemento. Claire cargaba su teléfono en la mano, no en un bolsillo ni en su bolso, sino preparado para el timbre como si responder urgentemente a la llamada de Philippe aliviara la gravedad de los hechos o previniera sus consecuencias. Las compañeras del atelier no se habían percatado de nada; habíamos discutido acerca de las pinturas de Claire, esos vientres embarazados y cartílagos y pulmones que ella es capaz de traer a la vida sobre el lienzo. Comimos pimientos rellenos y alguna de las dos amigas (tal vez Vera, la de

coleta de torero en el pelo corto) hizo notar que se parecían a los pulmones azafranados de las pinturas. Claire dijo que sí, que tal vez, que uno no sabe de dónde le vienen las formas, los colores. Pero su cabeza estaba en otra parte, y yo comenzaba a comprender que mucho más estaba en juego que la vida de un niño: para Claire, algo propio e inmenso se arriesgaba esa noche, como si hubiera hecho una apuesta, como si de una llamada sobre la suerte de otra persona dependiera su dicha o su bancarrota.

Claire encendió la luz del salón el tiempo justo para llegar a la cocina, y la luz de la cocina el tiempo justo para servirse agua en una jarra de plástico de Ikea. Iba oprimiendo interruptores mientras avanzaba por su casa como si estuviera sola. Pero la luz del porche quedó encendida, esperando a Philippe. Subimos sin hablar y, en el segundo piso, Claire sacó del estudio un teléfono con cable largo y lo dejó sobre las escaleras de subida, pegado a la baranda.

—Si bajas, no te vayas a tropezar —me dijo.

—Deberías poner un teléfono en tu cuarto —dije yo—. Como hacemos nosotros.

—Sí, sí. Ya me lo habías dicho alguna vez.

Subí a la habitación de huéspedes, en el cuarto piso, y encontré que podía moverme sin encender la luz, porque el techo tenía una claraboya y el resplandor de la calle iluminaba los contornos de las cosas: el cabezal alto de la cama de madera, el armario de las toallas limpias. El ruido de una fiesta cercana se sentía en las paredes: un ritmo electrónico de bajos intensos que me retumbaba en el estómago. Cerré los ojos, intenté no escuchar. La casa estaba a oscuras, pero no dormida: era imposible olvidarme de mi anfitriona despierta, esperando con esa manera particular que toma la espera de una llamada, una espera moderna y sin duda más angustiada que las antiguas esperas de las novelas románticas, porque nada hay más súbito que el timbre de un teléfono y en ningún caso como en éste puede pasarse, en menos de un segundo, del bienestar a la pérdida. La espera de una persona implica sus pasos antes de llegar a la puerta y la espera de una carta implica el tiempo que el sobre pasa

—Buenas noches, señor. Quisiera un servicio.

El taxista, un hombre flamenco cuyo bigote le cubría los labios por completo, nos llevó a nuestro destino en veinte minutos. Schaerbeek era un barrio o suburbio que yo había atravesado en tren alguna vez, de camino hacia el aeropuerto. Claire nunca había estado en esa casa que buscábamos, pero tenía una dirección sacada de la agenda de invitaciones que habían recopilado para el matrimonio. El lugar, en verdad, estaba muerto: las aceras eran de un adoquinado opaco, y a ambos lados de la calzada los carros dormían. Eran modelos viejos, Fiats y Renaults de principios de los ochenta, y todos llevaban adhesivos sobre la carrocería o sobre el parachoques, enseñas fosforescentes con caricaturas que hacían el amor en todas las posiciones o con textos en flamenco —signos de admiración, palabras subrayadas— que no comprendí y en los cuales no me interesó indagar. El taxi se acercó a la acera y comenzó a rodar a la velocidad de una persona que camina. Sobre los muros de ladrillo oscuro o de piedra gris, junto a ventanas adornadas por velos de encaje, los números de las casas nacían y desaparecían. Cuando Claire encontró el que buscábamos, dijo:

—Es aquí. Pare, por favor.

Pero no nos bajamos de inmediato.

—¿Estás segura? —le dije.

—Claro que no. Si estuviera segura, todo sería más fácil.

—Setecientos noventa —dijo el taxista.

—Quédese con el vuelto —dijo Claire.

Y allí estábamos, las únicas dos personas en la calle solitaria, los cuellos de los abrigo levantados (Claire estaba mejor protegida por un pañolón negro) y una mueca de frío en el rostro. Mirábamos hacia el segundo piso de la casa, donde las ventanas eran recuadros de luz silenciosa.

—Ahí debe ser. Philippe me ha hablado de esto, la casa está dividida. Los vecinos no se caen bien y las zonas comunes están podridas de mugre porque nadie quiere limpiarlas.

en nuestras manos antes de ser abierto, pero una llamada cambió el mundo en el instante más corto: no esta ahí, y luego está. Así de rápido ocurren las cosas.

Me despertó el timbre del teléfono. Sin darme cuenta, me había quedado dormido.

Traté de oír, sin éxito. El entablado de la vieja casa me impedía bajar las escaleras y espiar la conversación sin ser descubierto. Pero no era total el silencio: el murmullo de Claire, delgado y suave como suele suceder cuando le hablamos a quien nos ama, me llegaba desde lejos, a través del ritmo grosero de la música de los vecinos. Claire habló tres, cuatro minutos. La escuché colgar; no la escuché cerrar la puerta de su habitación. Decidí bajar: el baño, al fin y al cabo, quedaba abajo. Tendría ese pretexto si fuera necesario.

La encontré sentada sobre el tercer escalón, frente a la puerta abierta de su cuarto, la luz amarilla de la calle iluminando apenas el espacio que su cuerpo comprimido ocupaba en el vano. Tenía las rodillas recogidas contra su pecho y la cabeza metida entre los brazos, como un mendigo en el túnel del metro. Le puse una mano en el hombro: era una de las primeras veces que la tocaba (ella era o es belga, y a pesar de nuestra amistad el contacto físico era o es inusual y contenido), y Claire levantó la cara y vi que lloraba calladamente, sin escándalo.

—El niño murió —dijo—. Philippe no viene esta noche, va a acompañar a su hermana.

Pensé en el marido de la hermana: el hombre que, según monsieur Gibert, la maltrataba.

—Y su marido...

—Claro, eso también. Imagínate la furia de ese tipo cuando se enteró de que su hijo está muerto.

—¿No viven juntos?

—La culpa va a ser de ella, claro, ella mandó al niño de paseo. Y la furia del tipo. Mierda, yo estaría muerta del susto, ¿tú no? Claro, todos esperan que Philippe esté ahí, para defenderlos. ¿Y a él quién lo defiende, quién lo acompaña?

Levantó el auricular y marcó un número largo.

Era el número 8 de la rue Goossens. El ocho era de hierro, puesto en relieve sobre el cemento de la pared. Claire se acercó a la lista de timbres, su índice recorrió los cuatro nombres. "Ah", dijo, y oprimió un botón. Desde la calle se alcanzó a oír el zumbido del intercomunicador. Alguien que no reconoció se asomó a la ventana; presumiblemente fue esa misma persona la que habló por el parlante.

—¿Quién es?

—Claire Gibert. Claire Vial. La esposa de Philippe. Buenas noches, madame.

Nunca la había oído presentarse con su apellido de casada. El parlante se quedó en silencio durante un instante y luego sonó un nuevo zumbido, esta vez en la puerta. Abrió, entramos al zaguán oscuro. La escalera quedaba a la derecha, y Claire caminó hacia ella como si ya conociera el trayecto, con una prisa súbita. Yo la seguí, pero no separé mi mano de la baranda rugosa ni por un instante.

Philippe nos esperaba frente a la puerta entrecerrada del departamento. Me miró y fue como si me culpaba de algo. Llevaba una camisa negra y sin planchar, una de las puntas por fuera como el delantal de un niño mal vestido. Detrás de él no había sino silencio. Yo había esperado murmullos, comentarios, desaprobaciones, chismes.

—Qué haces —le dijo a Claire.

—No podía no estar contigo —dijo ella—. Te quiero y quiero acompañarte.

—Esto no tiene... ella prefiere estar sola en estas cosas, ¿sabes? Prefiere que seamos...

Entonces dos puertas se abrieron: la de los vecinos y la que Philippe guardaba como el soldado de algún cuento de hadas. El vecino tenía un parche en el ojo izquierdo y llevaba una bata colorada. La mujer que salió de atrás de Philippe tenía un rostro demasiado firme para ser su hermana.

—*Mais que faites-vous?* —dijo el vecino—. ¿No pueden seguir su charlita dentro de su casa?

—Estamos en nuestra casa —dijo Philippe.

—Estamos en nuestra casa —dijo el vecino.

—Y atención a sus modales. Si no quiere que le ponga el puño en la boca.

—Vamos adentro —dijo la mujer—. Philippe, no vale la pena.

—*Salauds* —dijo el vecino.

—*Vieux con* —dijo Philippe.

—Adentro —dijo la mujer.

Cerró la puerta y unas campanillas tintinearón (eran de cobre, atadas con hilos rojos y verdes). Philippe las descolgó del gancho de la puerta.

—Me enerva este ruido. No sé cómo pueden ustedes aguantarlo.

—Buenas noches —dijo Claire.

—Cuando se abre, cuando se cierra.

—Buenas noches —dijo la mujer—. Soy una amiga de la casa. Anne. Una amiga.

La saludamos, y noté que Claire no supo muy bien cómo presentarme. No era el momento de hacer aclaraciones de nacionalidad y de oficio; yo no le serviría, como en otras oportunidades, para romper el hielo en una reunión con extraños. En el salón, dos sillones y un sofá pequeño estaban cubiertos por sábanas blancas, y ambas ventanas llevaban un velo de encaje.

La mujer sentada sobre las sábanas, en un extremo del sofá, parecía no haberse movido en mucho tiempo. Era la hermana de Philippe, la mujer cuyo hijo había muerto. Tenía los párpados hinchados y una mancha colorada en la piel del cuello. Su cabeza caía levemente hacia un lado, la mirada fija en algún punto de la alfombra de fique. Philippe se sentó junto a ella y Anne, la amiga, ocupó el otro sillón. Pero era como si Claire y yo no estuviéramos presentes, como si no hubiéramos llegado todavía. Claire se acercó a Philippe; él no la miraba; había puesto una mano sobre la rodilla de su hermana como quien pone una taza de café. Y no miraba a Claire. No la miró ni una sola vez.

Nadie hablaba, los cuerpos apenas se movían y el roce de las ropas con las sábanas, cuando eso sucedía, era tan diáfano



no como un violín en el aire quieto de la habitación. Lo único que yo quería saber era dónde estaba el niño muerto, si podíamos hacer algo para ayudar: encargarnos de los trámites de medicina legal, recuperar el carro accidentado, cualquiera de esas rutinas que son terribles porque nos apartan o nos distraen del dolor. Dije:

—Lo siento, madame.

Nada ocurrió. Nadie me miró. La hermana de Philippe no movió la cabeza. Y fue entonces que Claire, cansada de estar de pie como una estatua al lado de Philippe, se acercó a la hermana, se arrodilló junto al pie del sofá y la abrazó. Fue un gesto simple, y no pareció que tuviera consecuencias hasta que Claire quiso volver a su lugar, y los brazos de la mujer la rodearon y la retuvieron y su voz soltó un gemido, está muerto, Claire, está muerto mi niño, y yo vi los puños apretados, pálidos sobre el pañolón negro de Claire. Eran manos pesadas y presionaban las ropas y la espalda de Claire, y los dedos no llevaban anillos y la piel era tan clara que las venas azules eran visibles en la luz tenue. Philippe, sentado junto a las dos mujeres abrazadas, miraba las campanillas que había puesto sobre la mesa de centro. Las levantó, las hizo colgar de un dedo, las sacudió para que sonaran como si alguien hubiera entrado.

Menos de una semana después tuve que pasar por Bruselas, regresando de París, pero pude hacer el cambio de trenes en la estación de Midi, seguir el viaje hacia las Ardenas sin ver a Claire y a Philippe. En la casa de Aywaille, tan pronto llegué, empecé a organizar mis notas y a escribir el artículo. Acerca de una habitación de la librería, escribí: "Es la de un niño, un niño que no la ha visitado en mucho tiempo. Las puertas de un armario han sido removidas para acomodar una camita en su interior, pero todavía cuelgan del perchero sacos a cuadros y chaquetas de invierno. No hay nada tan solitario como el espectáculo de la ropa abandonada. Huele a naftalina y a amoniaco, porque el cuarto de baño está justo al lado. Por los retratos, que examino absorto, me entero de que ésta fue, tiempo atrás, la habita-

ción de Sylvia Beach Whitman, la hija de George. En las fotografías, la niña juega desnuda con un collar de flores o aparece acompañada de Baskerville, un pastor alemán. Se trata, verdaderamente, de un altar dispuesto por George para adorar a su hija. Hay algo más solitario que la ropa abandonada, y es el cuarto de un niño abandonado por el niño." Mientras lo escribía, pensaba en el hijo muerto de la hermana de Philippe.

Un domingo de primavera, tres o cuatro semanas después de aquella noche, Claire vino a Aywaille para hablar con monsieur Gibert. Me dio gusto verla, ver su levedad al bajar del carro y el aire casual con que conversamos todos, de pie en la estrecha cocina, acalorados por el vapor que despedían las ollas y que se pegaba a los azulejos.

Después del almuerzo, Claire y yo nos quedamos abajo. Cuando hubo pasado un buen rato en silencio, ella dijo:

—Salgamos. Hace calor aquí, los vidrios están empañados. Salgamos a dar una vuelta.

Estaba nublado y el cielo anunciaba lluvia. Tomamos el sendero del bosque, caminando de puntillas entre los charcos y el barro reciente.

—Qué cambio —dijo Claire—. Yo aquí no vivía nunca, pero está muy bien venir de vez en cuando.

—Se respira bien —dije.

—Hay menos ruido —dijo Claire—. Nunca hay fiestas al lado.

—No hay gente, sólo animales.

—Philippe está viendo a alguien —dijo Claire—. No sé si mi padre ya te lo habrá dicho.

No me lo había dicho. Pero, de alguna oscura manera, yo lo había deducido tras una serie de comentarios sueltos, y había rechazado la idea, y enseguida la idea me había vuelto a inquietar. Lo curioso era la forma en que Claire lo contaba, como si no hablara de un potencial desastre de pareja sino de una ayuda contratada, como si Philippe, en lugar de estar saliendo con otra mujer —se llamaba Natasha, era inglesa, trabajaba para la Comunidad Económica— estuviera viendo a un psicólogo.

—Llamó a casa el otro día —dijo Claire—. Ni siquiera sabía que Philippe estaba casado.

En el cruce de senderos, donde uno decide entre subir la colina hasta ver Hamoir desde lejos o doblar a la derecha hacia la carretera de Ferrières, nos detuvimos. Claire se había distraído al caminar y sus medias estaban empapadas de agua sucia.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—Pues voy a esperar. Esto es temporal, sabes.

Y luego, como si reanudara una conversación que habíamos interrumpido antes, como si el cambio de tema no fuera brusco ni abrupto:

—Cuando ella me abrazó, no pensé en ella. No pensé que abrazarme la haría sentirse bien. Pensé que ese abrazo nos sucedía a Philippe y a mí, que seríamos nosotros los favorecidos.

Se pasó una mano por la cara, se la miró como si sus facciones se hubieran quedado entredadas en su palma.

—Tal vez todo esto es un castigo, ¿no? Alguien me castiga por ser tan egoísta.

Llegamos a la pequeña iglesia de piedra, una construcción del tamaño de una casa de muñecas a la cual Claire, de niña, solía venir a jugar. Tenía una cancela de hierro oxidado que se había quedado fija en la misma posición. No tenía cristo, ni cruz, ni altar. Su interior no era más que un rectángulo de humedad, las paredes devoradas por el líquen, el suelo de cemento cubierto de agujas de pino. “¿Y si rezáramos?”, dijo Claire; pero antes de que tuviera tiempo de sorprenderme (Claire era atea, igual que sus padres), soltó una carcajada sin eco. No dijo más hasta que llegamos al lugar donde empieza a ser visible el humo de las chimeneas de Hamoir. La hierba junto al sendero estaba demasiado húmeda para que nos sentáramos, así que permanecimos de pie, mirando la alfombra verde que bajaba hacia las primeras construcciones. Abracé a Claire y le dije:

—Cuando quieras volver, me dices.

—Ah, volver —dijo ella—. Si por mí fuera, aquí me quedaba hasta el día del juicio.

Claire prefirió no quedarse a cenar: a las cinco de la tarde ya el cielo estaba negro, y manejar hasta Bruselas, sola y sobre la calzada resbalosa de la autopista en la noche de lluvia, le parecía agotador. La acompañé hasta el carro y le pedí que nos llamara al llegar a su casa; noté algo parecido a la gratitud en su voz; fue como si hubiera querido pasarme una mano por el pelo, como a un hermano, pero no lo hizo. La seguí con la mirada hasta que las luces rojas hubieron desaparecido. En el salón, monsieur Gibert había encendido ya la chimenea; me senté en el sillón tapizado, junto al baúl del papel periódico, y al rato llegó Gibert con un aperitivo en la mano. Recuerdo muy bien esa conversación, la que abarcó la cena entera y en la que hubo anécdotas viejas del tiempo de la guerra, una en particular sobre el día en que Gibert bajaba en bicicleta desde Spa y se topó con un soldado alemán más joven que él, un muchachito de unos diecisiete años, y hubo en el instante el entendimiento formidable de que Gibert no retiraría sus manos del manubrio para tomar su fusil si el soldado no se llevaba la mano a la cartuchera. “Quién sabe si yo estaría vivo ahora”, me dijo Gibert, “si uno de los dos no hubiera sentido miedo”.

El timbre del teléfono nos sobresaltó entonces: era Claire, seguramente, Claire que llegaba a casa y que tal vez no encontraría a Philippe, o encontraría una nota en la que Philippe mentiría sobre su paradero o su compañía. Deseé que no fuera así, con todas mis fuerzas me encontré deseando que Philippe la esperara en casa. Me paré a contestar cuando fue evidente que Gibert no tenía ningún interés en hablar con nadie, ni con su hija, ni con el esposo de su hija que ahora tenía una amante; pero debí de tardarme demasiado, porque al levantar la bocina no escuché ninguna voz sino el tono liso de la línea telefónica. Y entonces me quedé allí, frente al teléfono, esperando a que Claire volviera a llamar, buscando sin encontrar algo para decirle, una frase que le sirviera de paraguas o de escondite también a ella que había manejado sola hasta Bruselas y casi a la intemperie. Pero cuando timbró el teléfono —no sé cómo contar esto—, mis manos no se movieron. Yo lo oía, oía el pitido electrónico y su eco

en el otro teléfono de la casa, en el segundo piso, y el cable del aparato me rozaba las mangas de la camisa y llegué incluso a jugar con él, a desenredarlo con cuidado, a empujarlo con el dedo para que se moviera como un péndulo. Pero no contesté. Imaginé que era un amigo de la familia quien llamaba; no se extrañaría de que todo el mundo estuviera dormido en casa. Imaginé que alguien marcaba, equivocándose de número, desde un teléfono público, quizás desde una estación de gasolina. Sería acaso un hombre joven y bien abrigado que salía de su trabajo y llamaba a su novia para citarla en un bar. Imaginé a ese hombre; inventé para él una buena vida. Y después de unos segundos el timbre dejó de sonar, más o menos como deja de boquear una trucha en la orilla.

Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres gráficos de Editorial Nomos S.A.  
en el mes de marzo de 2003  
en Bogotá, Colombia.